

EXMO. SEÑOR.

Diez y nueve años se habian pasado desde que el Cabildo metropolitano de esta Ciudad habia nombrado á D. Cristobal Arguch administrador de uno de los distritos de sus rentas decimales, y en todo este tiempo no habia tenido ningun motivo de desconfianza. Lexos de esto D. Cristobal Arguch le habia servido con mucha fidelidad. Dócil á las órdenes que le comunicaban la Junta de Hacienda, y los Canónigos Administradores, jamas se le habia advertido ocultacion alguna de los frutos existentes; siempre habia sido puntual en rendir sus cuentas, y exactísimo en cubrir sus alcances.

Su conducta privada no inspiraba tampoco sospecha de ninguna infidelidad ni travesura; porque ni D. Cristobal Arguch pasaba por hombre de gran talento, ni se le habian notado proyectos de ambicion, ni se le conocia ninguna pasion violenta, ni se habian visto en él las necesidades de un hombre pródigo, ni el lujo y la ostentacion de un administrador rapaz. Su porte, su vestido, su trato, su servicio, su casa, todo respiraba la sencillez correspondiente á la medianía de su fortuna, cuando de repente se oye la voz, *Mosen Arguch no parece, Mosen Arguch se ha fugado.*

La ida de un Mosen Arguch era un hecho de bien poca importancia; pero desde el principio se hizo un acontecimiento famoso, porque apenas se divulgó su fuga, cuando por todas partes se oyeron los clamores de una porcion de familias á quienes habia dexado comprometidas con unos créditos enormes á resultas de unas ventas de frutos del Cabildo, que habia celebrado con los principales negociantes de la Ciudad y otros pueblos, que hasta entonces habian estado ocultas baxo el mayor sigilo. Y cuando los acreedores vieron su comun desgracia y la prodigiosa suma de dinero que les habia sacado, se quedaron atónitos, y quizá creyeron que Arguch iba con sus millones camino de Francia para alguna maquinacion política. Se dió parte á la Autoridad, se formó causa, se despacharon requisitorias, se destacó uno de los acreedores en su persecucion; por fin se logró prenderle, y se le traxo á esta Ciudad, donde se le tuvo como á un reo de estado, recluido con el mayor rigor.

Pero á los pocos pasos que se dieron en el sumario quedaron disipadas todas estas ilusiones. Ni habia millones, ni en casa de Arguch se encontró mas que unos muebles miserables (1), ni pudo hallarse el cabo de complot

(1) No se ha compulsado la lista de los muebles de Arguch. Que eran miserables, se infiere, porque ningun acreedor los ha citado como prueba de su riqueza.